

# SALVADOS PARA SERVIR



PEDRO DANIEL  
TABUENCA

# Salvados para servir

Pedro Daniel Tabuenca



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.  
Argentina.

# Índice de contenido

Tapa

Agradecimientos

Dedicatoria

Tabla de abreviaturas

Prefacio

PRIMERA PARTE: RECUERDOS, GRATITUD, SALVACIÓN Y SERVICIO

CAPÍTULO 1: Mis raíces

CAPÍTULO 2: Los descubrimientos de Pedro

CAPÍTULO 3: Hijos de misioneros viajeros

CAPÍTULO 4: Hora de decisiones

CAPÍTULO 5: Todavía ocurren milagros

CAPÍTULO 6: Colportaje, amor y bicicleta

CAPÍTULO 7: Estudiante universitario, pero muy pobre

CAPÍTULO 8: Estudiante de Medicina, ¿y casado?

CAPÍTULO 9: Llamado a servir en el Sanatorio Adventista del Plata

CAPÍTULO 10: Tristezas y alegrías en el aprendizaje

CAPÍTULO 11: Viaje de estudio a los Estados Unidos

CAPÍTULO 12: A la Clínica Belgrano y a Alemania, ida y vuelta

CAPÍTULO 13: Una escuela diferente

CAPÍTULO 14: Biblioterapia

CAPÍTULO 15: De colegio a universidad, ¿y con carrera de Medicina?

CAPÍTULO 16: ¿Sí o no?

CAPÍTULO 17: Sorpresas y bendiciones

CAPÍTULO 18: Viviendo para servir

## SEGUNDA PARTE: TEOLOGÍA DE LA SALUD

CAPÍTULO 19: Lo que aprendí y enseñé

CAPÍTULO 20: El origen del mal, el dolor, la enfermedad y la muerte

CAPÍTULO 21: La respuesta divina al problema del pecado

CAPÍTULO 22: El Médico divino

CAPÍTULO 23: Estilo de vida y salud

CAPÍTULO 24: Educación sexual cristiana

CAPÍTULO 25: El peligro de las paramedicinas

CAPÍTULO 26: La gran restauración final de todas las cosas

Galería fotográfica

Salvados para servir

Pedro Daniel Tabuenca

Dirección: Mónica Casarramona

Diseño de tapa: Leandro Blasco

Diseño del interior: Nelson Espinoza

Ilustración de tapa: Shutterstock (banco de imágenes)

Ilustración del interior: ACES

Libro de edición argentina

IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición, e - Book

MMXXI

Es propiedad. © 2013, 2021 Asociación Casa Editora Sudamericana.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-396-8

Tabuenca, Pedro Daniel

Salvados para servir / Pedro Daniel Tabuenca / Dirigido por Mónica Casarramona /

- 1ª ed . - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: Online

ISBN 978-987-798-396-8

1. Autobiografías. I. Casarramona, Mónica, dir. II. Casarramona, Mónica, fot. III. Título.

CDD 230.092

Publicado el 26 de marzo de 2021 por la Asociación Casa Editora Sudamericana (Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: [ventasweb@aces.com.ar](mailto:ventasweb@aces.com.ar)

Website: [editorialaces.com](http://editorialaces.com)

Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

## **Agradecimientos**

A mi querida esposa, Jenny, por su constante estímulo, apoyo y paciencia.

A mi querida amiga Esther Luorno de Fayard, por su valiosa orientación literaria, consejos y correcciones.

Al Prof. Juan Carlos Olmedo y a los Prs. Rubén Pereyra, Enrique Becerra y Carlos Mayer, por compartir sus memorias con las mías.

## **Dedicatoria**

Dedico estos recuerdos y comparto estos consejos para nuestros queridos hijos, nietos y biznietos y para los padres y madres que Dios usó para traerlos a la vida.

También los dedico a mis queridos pacientes, alumnos, amigos y compañeros de labor, con el propósito de que todos, conociendo la verdad en amor nos dejemos conducir por Dios, y así lleguemos a disfrutar juntos de la restauración final de todas las cosas.

# **Tabla de abreviaturas**

## **Versiones de la Biblia**

BJ: *Biblia de Jerusalén*

DHH: *Dios habla hoy*

NVI: Nueva Versión Internacional

RV 1909: Reina-Valera 1909

## **Libros y devocionales de Elena de White**

CC: *El camino a Cristo* (ACES, 1985)

CRA: *Consejos sobre el régimen alimenticio* (ACES, 1969)

CS: *El conflicto de los siglos* (ACES, 1993)

CSS: *Consejos sobre la salud* (ACES, 1989)

DTG: *El Deseado de todas las gentes* (PPPA, 1966)

Ed: *La educación* (ACES, 1964)

JT 2: *Joyas de los testimonios, tomo 2* (ACES, 1970)

MC: *El ministerio de curación* (PPPA, 1967)

MCP 2: *Mente, carácter y personalidad, tomo 2* (ACES, 1990)

MeM: *Meditaciones matinales (devocional, ACES, 1953)*

PE: *Primeros escritos* (PPPA, 1962)

PP: *Patriarcas y profetas* (PPPA, 1971)

*PVGM: Palabras de vida del gran Maestro (ACES, 1991)*

# Prefacio

¿Por qué quise escribir este libro? Porque soy testigo de las misericordias de Dios para con aquellos que, en muy diversas circunstancias de la vida, permitieron ser perdonados, enseñados y sanados por el Médico divino, y de ese modo fueron **salvados para servir**.

Este proceso comenzó con la conversión de mi padre, que de monaguillo católico se transformó en misionero adventista. Siguió luego con mi infancia, y sobre todo con mi “terrible” adolescencia como estudiante del nivel medio en el Colegio Adventista del Plata, donde Dios me salvó la vida y me llevó a la conversión y al bautismo. De ese modo, yo también fui **salvado para servir**.

Desde entonces y hasta hoy, Dios sigue obrando milagros en mi vida, y capacitándome para servir. Sea colportando en bicicleta por el campo en la provincia de Santa Fe, o permitiendo algo que en ese tiempo era imposible: el ingreso a la carrera de Medicina en la Universidad Nacional de La Plata para quienes observábamos el día sábado, o eximiéndome de hacer el servicio militar en el cuartel de Santa Fe, o consiguiéndome trabajo remunerado y formativo en la Asistencia Pública de La Plata para continuar mis estudios cuando ya mis padres no pudieron apoyarme financieramente, o abriéndome el ingreso a la residencia en cirugía con el Dr. Ricardo Finochietto, o conduciéndonos, a mí como cirujano y a mi esposa como enfermera al Sanatorio Adventista del Plata. A lo largo de todos esos años y de todas las experiencias que me permitió pasar pude ver muchos milagros en vidas sanadas, transformadas y **salvadas para servir**.

Hoy, sigo agradeciendo a Dios por la forma en que guía y desarrolla su iglesia, especialmente a sus administradores y a la obra educativa en la Unión Austral, que transformaron al Colegio Adventista del Plata en la pujante Universidad Adventista del Plata de la Unión Argentina, con más de 30 carreras, entre las cuales se ha consolidado y acreditado a nivel nacional e internacional la carrera de Medicina, que para algunos era un ideal imposible, pero que por voluntad divina hoy prepara a jóvenes de muchos países que también han sido **salvados para servir** y salen como médicos misioneros para rescatar vidas de la enfermedad, de la muerte y del pecado.

**PRIMERA PARTE**

**RECUERDOS, GRATITUD, SALVACIÓN Y  
SERVICIO**

## **CAPÍTULO 1**

### **Mis raíces**

*“Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre” (Sal. 139:13).*

Un memorioso aseguró que “los que olvidan el pasado no tienen futuro”, por eso quiero comenzar mis “memorias” honrando mi pasado, mis raíces, humildes en bienes materiales, pero ricas en seres honestos y trabajadores, poderosos respecto de los inamovibles valores morales que me legaron como valiosa herencia. Honro mi pasado porque quiero tener futuro.

Por tradición, mi familia se dedicaba al arte de cultivar vides y elaborar vino, allá en Ainzón, a orillas del río Huecha, al oeste de la provincia de Zaragoza, en España. Allí se enclavaron mis raíces.

Juan Tabuenca y Antonia Romanos se unieron en matrimonio y tuvieron seis hijos. Menciono solo dos nombres: Andrés el mayor y Pedro, el menor.

Como ya señalé, cultivaban sus vides, cosechaban las uvas y hacían el vino que fermentaba en sus propias bodegas, unas cuevas cavadas en las laderas de pequeños cerros, cercanos a ese pueblito rural que era Ainzón. Desde Francia venían los que compraban el apreciado producto de sus bodegas.

Andrés, el mayor, se casó con Marcelina Gracia y tuvieron dos hijos: Emilio y Alejandro. Pedro, el menor, disfrutaba asistiendo a la Iglesia Católica, donde tuvo el privilegio de

llegar a ser monaguillo, aunque creo que en el fondo de su corazón tenía la aspiración de ser sacerdote.

Como a tantos, también llegó para ellos la oportunidad de “hacer la América”, y con ese propósito, Andrés viajó a la Argentina para trabajar en alguna huerta. Marcelina y sus pequeños hijos quedaron en Ainzón a la espera de que Andrés consiguiera el dinero necesario para pagar el viaje de su familia, ahora lejana.

En estas circunstancias, aparentemente desfavorables, Dios permitió que Marcelina, analfabeta, como toda buena mujer española de aquel entonces, fuera visitada por un misionero adventista que le enseñó a leer con la Biblia. Por supuesto, en aquella época, posinquisición, en España, la Biblia era un libro prohibido.

Marcelina y su padre conocieron las grandes verdades de la Palabra de Dios, las aceptaron y fueron bautizados por inmersión, tal como lo indican las Sagradas Escrituras, pero no en el río Huecha que pasaba al lado del pueblo; hubieran corrido el riesgo de ser apedreados. Fueron bautizados en la bañera de su casa. Difícilmente hubiera ocurrido esto si Andrés, el esposo de Marcelina, hubiera estado allí.

Andrés Tabuenca, un campeón en el uso de la pala, la azada y el rastrillo, “hacía la América” trabajando con éxito en una quinta cercana a la población de Armstrong, en la provincia de Santa Fe, República Argentina. En dos cortos años pudo ahorrar suficiente dinero como para pagar los pasajes de su esposa y sus dos hijitos, para que vinieran de España.

Cuando Marcelina llegó a la Argentina era otra mujer: sabía leer, conocía la Biblia, era adventista del séptimo día y ya no bebía vino, pero respetaba a su marido, el quintero, ex

viticultor, por supuesto moderado pero buen bebedor de vino. Marcelina se encargaba de que la botella de vino no faltase en la mesa.

Un día, a la hora del almuerzo faltaba el pan, pero la botella de vino estaba allí.

-Mujer, ¿no hay pan? –preguntó Andrés.

-Bien, tú sabes cómo estamos –contestó su esposa.

-Pues... No hay pan para mis hijos, ¿y yo con vino? ¡Nunca más!

Esa fue la sabia decisión de Andrés. ¿Le habrá leído Marcelina los consejos bíblicos sobre el vino y el alcohol, tales como: “No mires al vino cuando rojea, cuando resplandece su color en la copa. Se entra suavemente; mas al fin como serpiente morderá, y como áspid dará dolor” (Prov. 23:31, 32)? ¿O fue solo el amoroso ejemplo de Marcelina, acompañado por sus oraciones, el que condujo a Andrés a estos cambios? Poco tiempo después de la llegada de su esposa, Andrés se convirtió a su nueva fe y fue bautizado. ¡Salvados para servir!

## **De España a la Argentina**

Pedro, el menor de los hermanos, tenía 24 años cuando murieron sus padres en Ainzón, y decidió viajar a la Argentina para reunirse con su hermano Andrés. Cuando llegó a Armstrong, se encontró con un cambio notable en la vida de Andrés y su familia. Lo primero que le llamó la atención fue que su hermano ¡no bebía ni maldecía!

Muchos años después de esto, con mi esposa Jenny pudimos visitar a mi familia Tabuenca en Ainzón. Allí estaban mis primos. A los dos nos llamó la atención el

vocabulario de ellos. Las palabrotas de grueso calibre eran usadas hasta con afecto, para darnos la bienvenida. Por supuesto, seguían siendo viticultores, pero ya no en las bodegas cavadas en los cerros, sino en la Sociedad Vitivinícola El Santo Cristo, de Ainzón.

Mientras recorríamos sus instalaciones, uno de mis primos me dijo: “Pedrito, yo nunca bebo agua”. Así entendí mejor la sorpresa de mi padre cuando se encontró con su hermano Andrés, que ya no bebía ni maldecía.

Pedro, recién llegado a la Argentina, pasó a ser huésped en el hogar de Andrés y Marcelina, y la familia se reunía al atardecer para leer la Biblia y cantar algunos himnos con los niños. No obstante, Pedro, el ex monaguillo, no quería contaminarse con esos “herejes”. Así fue que al principio se mantuvo a distancia, pero finalmente se atrevió a participar y hasta tomó en sus manos una Biblia, lo que desde siempre le había estado prohibido. Como todo religioso sincero, encontró en la Biblia las preciosas verdades que hasta entonces había desconocido.

## CAPÍTULO 2

# Los descubrimientos de Pedro

*“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32).*

Estudiando la Biblia diariamente, Pedro fue descubriendo un nuevo mundo espiritual, además del nuevo mundo geográfico que se abría delante de él. Grandes verdades impactaron su mente y el Señor le daba nueva luz cada día.

*La promesa del regreso de Jesús.* En el Evangelio de Juan, Pedro descubrió: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay[...] voy, pues, a preparar lugar para vosotros. [...] Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:2, 3).

*La santidad del sábado.* En Éxodo 20, al llegar al cuarto mandamiento de la Ley de Dios, Pedro leyó: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día y lo santificó” (Éxo. 20:8-11).

*El purgatorio no existe, y el infierno tampoco.* Sorprendido, Pedro comprobó: “Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado [...]” (Gén. 3:19). “Porque los que viven saben que han de morir, pero los muertos nada saben [...]” (Ecl. 9:5).

*Cuando Jesús vuelva, ¡los muertos resucitarán!* Al leer al apóstol Pablo, Pedro descubrió una promesa esperanzadora: “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tes. 4:16, 17).

*La Tierra Nueva será la morada eterna de los redimidos.* A medida que avanzaba en el estudio de la Biblia, Pedro seguía descubriendo increíbles verdades: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva [...]. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron” (Apoc. 21:1, 4).

¡Qué verdades maravillosas descubrieron en la Palabra de Dios! Tan profundas y poderosas que habían transformado las vidas de su hermano Andrés y de Marcelina.

Pedro también se convirtió y fue bautizado para integrarse a la feligresía de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. ¡Salvado para servir! Entonces surgió en el corazón de Pedro un nuevo deseo: ¡Ser misionero! Cuando manifestó su deseo, la respuesta que recibió fue:

-Tienes que ir a estudiar al Colegio Adventista del Plata, en Puiggari, Entre Ríos.

-Y ¿cómo llegaré? -preguntó Pedro.

Le explicaron:

-Debes ir a Rosario, allí tomas el barco hasta el puerto de Diamante de donde sale un tren que pasa por Puiggari.

Eso fue lo que hizo, pero al llegar al puerto de Diamante preguntó por el tren para viajar a Puiggari y alguien le contestó:

-El tren va por esa vía, pero a esta hora no hay tren.

“Pues a falta de tren, las piernas pueden hacerlo”, se dijo Pedro, y comenzó a caminar livianamente por las vías, ya que su único equipaje era una pequeña bolsa que llevaba al hombro con su ropa y su Biblia. Y llegó a Puiggari, entonces una zona totalmente rural. Unos pocos kilómetros más y allí estaba el Colegio Adventista del Plata. Su presentación fue concisa y contundente:

-Vengo a estudiar, porque quiero ser misionero -dijo convencido.

Con 24 años de edad, su único antecedente académico era el cuarto grado de la escuela primaria, por lo tanto, debía completar la educación elemental. Así que se inscribió en la escuela primaria. Cuando formaban fila después del recreo para entrar en el aula, sus compañeros, los niños de la escuela, lo miraban y se reían. Él, sin inmutarse, les decía:

-Ríanse no más, mi padre era más alto que yo.

Pedro no tenía dinero pero sí un ideal, espíritu de trabajo y constancia. Durante los veranos vendía libros misioneros y así ahorra lo necesario para seguir sus estudios.

Por ese entonces conoció a una bonita muchacha que estudiaba magisterio. Se enamoraron, y después que ambos se graduaron, Pedro y Elvira Rode se casaron. Recién casado y recién graduado, Pedro fue nombrado director de colportaje y comenzó a liderar la venta de Biblias y libros cristianos en la Misión del Alto Paraná, que abarcaba

Corrientes, Chaco, Misiones, Formosa y el Paraguay, y tenía su sede en la capital de Corrientes.

Allí vivía este matrimonio de misioneros, cuando en agosto de 1927 nació su hijo Pedrito, más exactamente Pedro Daniel Tabuenca Rode, pero conocido desde entonces como Pedrito, para diferenciarlo de Pedro, su padre. Pedrito era yo.

Andrés y Marcelina, estando en la Argentina tuvieron también otros hijos: José, Juan y Luis. José y Juan fueron pastores en la Iglesia Adventista, y Luis llegó a ser un médico muy querido en Paraná, la capital de Entre Ríos.

José fue director del Colegio Adventista del Plata, en Puiggari, luego presidente de la Unión Austral, con sede en Buenos Aires. Juan fue pastor de varias iglesias en Argentina y Montevideo, República Oriental del Uruguay. También fue presidente de la Asociación Argentina Central que entonces tenía su sede en Paraná, y finalmente docente de Psicología Pastoral en la carrera de Teología de la que hoy es la Universidad Adventista del Plata.

## CAPÍTULO 3

# Hijos de misioneros viajeros

*“Y él les dijo: id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Mar. 16:15).*

Tenía apenas cuarenta días de vida cuando mi padre, Pedro Tabuenca, fue transferido de Corrientes a Buenos Aires como director de colportaje de la Misión del Sur Argentino. Recuerdo haber visto una foto en la cual se ve a mi mamá conmigo, entonces un bebé, en sus brazos, de pie en la cubierta del barco fluvial que descendía por el río Paraná, de Corrientes a Buenos Aires. En aquel tiempo ese era el único medio de transporte para hacer ese recorrido.

Vivíamos en Florida, la zona norte del Gran Buenos Aires. Dos años después de estar allí, a papá lo nombraron director de colportaje de la Unión Incaica, que en ese tiempo abarcaba las repúblicas del Perú, Bolivia y el Ecuador. Yo tenía dos años, pero recuerdo muy bien ese viaje.

Iniciamos la travesía cruzando la cordillera de Los Andes en tren, desde Mendoza hasta Santiago de Chile, en medio de un paisaje profusamente nevado. Papá sacó su brazo por la ventanilla del tren y me mostró su mano llena de nieve. Me quedé extasiado: era la primera vez que veía nieve.

Recuerdo también que en Valparaíso, República de Chile, unos amigos nos dieron el saludo de despedida desde el muelle. No recuerdo cuántos días dormimos en el camarote, con su ventanilla redonda que daba casi al nivel del mar,

pero al fin llegamos al puerto del Callao, y de allí, nos dirigimos a Lima, la capital peruana.

Vivíamos en el barrio de Miraflores, cerca de la Huaca Grande y la Huaca Chica, unas montañitas junto a las cuales pasábamos cuando volvíamos del centro de Lima. Otro recuerdo vívido que tengo es el de la playa La Herradura, donde por primera vez me metí en las aguas marinas, esta vez del océano Pacífico.

El cielo de Lima se presentaba casi siempre nublado, así que de vez en cuando íbamos a pasar unos días en Chosica, donde había lindo sol y montañas.

Un día, mientras mamá me tenía en su falda me contó la historia de Jonás: “Cuando Jonás cayó al agua, un gran pez abrió su inmensa boca... y se lo tragó”. Mamá abrió exageradamente su boca para que yo entendiera bien la historia, pero me asusté, y comencé a llorar. Entonces, mamá me dijo: “Tontito, ¿cómo puedes pensar que mamita te va a comer?” Lo cierto es que desde muy niño, mis padres me contaron las interesantes historias de la Biblia, y me enseñaron sus preciosas verdades.

No recuerdo si me lo advirtieron o no, pero una noche me dejaron en la casa de la tía Ida Rode, “Pochola”, hermana de mamá, casada con Enrique Pidoux. Ellos habían llegado desde la Argentina para enseñar en el Colegio Adventista de Lima. Al día siguiente, papá vino a buscarme para llevarme a la Clínica Americana de Callao, y me explicó que íbamos a ver a mi hermanita que había nacido esa noche.

Recuerdo que la vi en brazos de mamá, que estaba acostada en la cama de una de las habitaciones de la clínica. Ella me dijo: “Esta es tu hermanita y se va a llamar Violeta Argentina”.

Yo tenía cuatro años entonces, y de una cosa estoy seguro: que la quiero mucho más ahora que cuando la vi por primera vez.

Papá viajaba mucho para cumplir sus tareas en Perú, Ecuador y Bolivia. Hacía varios días que no estaba en casa. Mamá supo que el pastor Juan Plenc iba a viajar a Puno, donde se iba a encontrar con papá que volvía de Bolivia, y se le ocurrió una brillante idea: mandarme en tren con el pastor Plenc hasta Puno, para darle a papá la sorpresa de verme allí. Y así lo hicimos.

Llegamos a Puno ya de noche, y recuerdo la alegría y el abrazo de papá sorprendido de encontrarme. El pastor Plenc tuvo que explicarle que no había sido un “secuestro” sino que la brillante idea había sido de mamá.

## **Vacaciones y llanto en Tingo, Arequipa**

La Unión Incaica tenía una casa para vacaciones en Tingo, un barrio de Arequipa. Allí había árboles grandes, un lindo jardín y una terraza desde donde podía verse, como si estuviera cerca, el maravilloso volcán Misti, con su doble cima cubierta siempre de blanquísima nieve. ¡Qué felices nos sentíamos allí! Hasta que llegó un telegrama desde la Argentina: “Murió de un infarto el abuelo Daniel Rode”.

Yo no leí el telegrama, pero sentí el llanto de mi madre y me conmovió. Daniel Rode e Ida Köhly eran mis queridos abuelos, los únicos que yo conocía. En ese momento vivían en Nogoyá, Entre Ríos. Tenían diez hijos. Siete varones y tres mujeres. Una de ellas era mi mamá.

Como familia, habían conocido el evangelio por un misionero adventista cuando todavía vivían en el campo, en la provincia de Buenos Aires. Solo mi abuelita Ida, sus tres

hijas: Elvira (mi madre), Sara y Pochola, y Andresito, el menor de los varones, se convirtieron. ¡Salvados para servir!

Mi abuelo Daniel había fumado durante muchos años. Tres meses atrás había comenzado a sentir una molestia en el pecho y había ido a ver a su médico en Nogoyá. El profesional, que también fumaba, al examinar a mi abuelo le dijo: “Bueno, don Daniel, usted debe dejar de fumar”, pero el doctor estaba fumando... ¿Cómo le iba a hacer caso mi abuelo? Siguió fumando, pero solo tres meses más, pues murió repentinamente de un infarto. Todavía me parece oír el llanto de mi madre.

Debo aclarar que años después, mi querido tío Pedro Rode y su esposa Quica también se convirtieron. Hoy, varios de mis primos y primas, hijos de Pedro, de Luis y de Julio Rode se regocijan en la bienaventurada esperanza del regreso de nuestro Señor, que traerá a la vida a sus hijos que hoy duermen en el polvo, a fin de reunirlos con los amados que estén vivos y llevarlos a todos a la casa de su Padre, allá en los cielos. ¡Salvados para servir!

Recuerdo las muchas veces que oía las oraciones de mi abuelita Ida: “Jesús, bendice a mis hijos e hijas, yernos y nueras, nietos y nietas... Amén”. Yo sé que Dios oye y contesta las oraciones de los padres y las madres que oran por sus hijos, y de los abuelos y abuelas que oran por sus nietos. “¿Será rescatado el cautivo de un tirano? Pero así dice Jehová: Ciertamente el cautivo será rescatado [...] y tu pleito yo lo defenderé; y yo salvaré a tus hijos?” (Isa. 49:24, 25).

## **De regreso a la Argentina**

Yo tendría ya seis años cuando lo llamaron a papá para trabajar nuevamente en Argentina, como director de colportaje de la Asociación Argentina Central, en ese entonces con sede en Paraná.

Papá tenía que viajar mucho por su trabajo, así que fuimos a vivir a Puiggari, en la casa de mi abuelita Ida, de modo que al año siguiente yo pude asistir a la escuela primaria Domingo Faustino Sarmiento, que aún pertenece al Centro Educativo de la actual Universidad Adventista del Plata.

Recuerdo con mucho cariño a mi maestra de primer grado. Me parecía muy linda, se llamaba Catalina Fischer. Antes de comenzar las clases nos preguntaba: “¿Qué himno quieren cantar?” Muchas veces contestábamos a coro: “El 200, señorita” (en el *Himnario adventista* de entonces figuraba con ese número y se titulaba “En la cruz”). Entonces cantábamos con todas nuestras fuerzas:

“Perdido, errante, fui a Jesús, él vio mi condición.  
En mi alma derramó su luz, su amor me dio perdón.  
Fue primero en la cruz donde yo vi la luz,  
y mi carga de pecado dejé; fue allí por fe  
do vi a Jesús, y siempre con él feliz seré”.

Hoy, ese himno se titula “Perdido, fui a mi Jesús” y se encuentra bajo el n° 291, en la edición 2009 del *Himnario adventista*.

Al fin de ese año, papá, ya cansado de tanto viajar para cumplir su responsabilidad como director de colportaje, pidió trabajar como obrero distrital. Accediendo a su pedido nos mandaron a la iglesia de Concordia, Entre Ríos. Allí hice el segundo grado, en la escuela Vélez Sarsfield.

No recuerdo por qué mis padres un día me llevaron al médico. El doctor ordenó un análisis, cuyo resultado indicó

que tenía parásitos. Entonces me recetó un purgante y un tratamiento adecuado. Además, el médico aconsejó que me llevaran a vivir en el campo. Así que mis padres se comunicaron con mis tíos Andrés y Marcelina, y al año siguiente viví en Puiggari con ellos y con mis primos José, Juan y Luis. Nuevamente asistí a mi querida escuela adventista Domingo Faustino Sarmiento, donde cursé el tercer grado.

## **Más mudanzas**

Luego de estar en Concordia, a papá lo designaron para trabajar en la iglesia de Paraná, y allá fuimos, así que cursé el cuarto grado en la legendaria Escuela del Centenario. Luego estuvimos unos meses en Rosario, Santa Fe, y finalmente nos trasladamos a Reconquista, en la misma provincia.

En ese lugar pasé la mayor parte de mi infancia. ¡Cuatro años sin mudanzas! Atesoro preciosos recuerdos de esa época. Allí hice quinto y sexto grado de la primaria, y primero y segundo del nivel secundario en la Escuela Normal. Siempre con guardapolvo blanco y pantalón corto, hasta el sexto grado, y ya en primer año ¡pantalón largo!

Las clases eran de mañana, de lunes a sábado. Por supuesto, yo faltaba los sábados. Tenía que cruzar la plaza central de Reconquista para llegar a la Escuela Normal, y muchas veces escuchaba a los chicos que desde lejos me gritaban: “¡Sabatista, canilla de tero! ¡Adora la cabeza de chancho!”

Eso no me molestaba; yo sabía que era diferente. Era muy flaquito y mis rodillas sobresalían debajo de los pantalones cortos. Los chicos, con la crueldad propia de la niñez, rotulaban con apodos poco amables a los que mostraban

alguna característica diferente al montón. Además, faltaba a clases todos los sábados y alguien les había contado que los “sabatistas” no comíamos carne de cerdo porque “adorábamos la cabeza del animal”.

Un 9 de julio, todos en fila, bien formados, fuimos a la catedral, que estaba frente a la plaza, para asistir al *tedeum*. Nos habían indicado que, estando en el interior de la catedral, cuando tocara la campanilla, teníamos que arrodillarnos. Yo me acordé del segundo mandamiento de la Ley de Dios: “No te harás imagen [...] no te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios” (Éxo. 20:4, 5). Miré a mi alrededor y vi varias imágenes y estatuas allí, pero cuando tocó la campanilla, me puse detrás de una columna y me quedé parado.

Me acuerdo, también, cómo disfrutaba de las clases de manualidades. La profesora nos hacía fabricar cuerpos geométricos regulares de cartulina. Me entusiasmé con la idea de hacer un dodecaedro, un cuerpo geométrico regular con doce caras pentagonales. Lo hice con cartulina negra y le pegué tiritas blancas en todas sus aristas. ¡Quedó precioso!

Un día, la profesora de manualidades faltó. Todos los chicos salimos del aula y los varones nos fuimos a la plaza, frente a la escuela. Derepente, uno de los chicos sacó de su bolsillo un paquete de cigarrillos entero. Lo abrió y comenzó a repartirlos, uno a cada uno. Se acercó y me ofreció un cigarrillo. Suavemente, con un gesto de la mano, le hice señales de que no quería. Otro chico entonces le ayudó a repartir y cuando llegó donde yo estaba me ofreció un cigarrillo. Le dije:

-No quiero.

Los cigarrillos de la caja se terminaron y un chico que acababa de prender el último cigarrillo se acercó y antes de llevárselo a la boca, me lo acercó a la cara y me dijo:

-No seas pavote. ¡Prueba una pitadita!

Entonces reaccioné y le grité en la cara:

-¡No quiero!

Y me dejaron de molestar.

Aprendí desde entonces que la presión social es la primera causa para el inicio de los hábitos tóxicos. Yo tenía a mi favor el ejemplo de mi padre y el recuerdo del llanto de mi madre por la muerte de mi abuelo fumador. Y Dios me ayudó a decir: “¡No quiero!”

Hace poco me invitaron a dar un *Plan de cinco días para dejar de fumar* ¡en Reconquista! ¡Qué alegría fue para mí volver a esa querida ciudad de mi infancia! Busqué a mis compañeros de la Escuela Normal, pero ya no quedaba ninguno. Habían comenzado a fumar a los catorce años, y el tabaco había tenido tiempo de sobra para matarlos a todos. ¡Qué tristeza!

Mi día estaba completo: por la mañana, a la escuela. Por la tarde ¡a la clase de violín! Afortunadamente, ambas actividades me gustaban. Alcancé a tocar en una orquesta que dirigía el profesor Gamba.

Cuando hacía mucho calor, Violeta y yo le rogábamos a papá que nos llevara a bañarnos al arroyo El Rey, que cruza entre Reconquista y Avellaneda. Varias veces fuimos y chapoteábamos en el agua; pero otras veces el calor se combinaba con grandes nubes y teníamos que volvernos antes de llegar porque la lluvia se nos venía encima.

Tenía un amigo que vivía del otro lado de la calle: Joanín Vicentín. Nos trepábamos a los árboles y hacíamos barriletes que remontaban muy bien. Después nos especializamos en hacer barcos de lata con una cuerda de goma que hacía girar la hélice y ¡también tenía timón! Nuestros barcos navegaban en un gran piletón que había en la casa de Joanín, y a veces “daban la vuelta al mundo” en la laguna de un conocido de la familia que vivía en el campo. Todavía somos amigos con Joanín. Cuando estuve en Reconquista para el *Plan de cinco días para dejar de fumar* nos encontramos, paseamos juntos y recordamos las alegrías de nuestra niñez.

## **CAPÍTULO 4**

# **Hora de decisiones**

*“Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar...” (Sal. 32:8).*

Yo quería mucho a mamá y a papá. Él era Pedro, y yo Pedrito. Papá era entonces misionero, evangelista y predicador, y en el fondo de mi corazón yo deseaba ser como él cuando fuera grande. Ese era mi mayor sueño.

Tenía entonces catorce años, y mi hermanita Violeta, diez. Era verano, hacía mucho calor en Reconquista, y estábamos juntos chupando caña de azúcar en el patio de baldosas de casa. Pelábamos la caña con un cuchillo grande. Por supuesto, estábamos descalzos. Mi hermanita salió por un momento del patio y al ratito volvió corriendo. Sin darse cuenta, con el pie izquierdo pisó el mango del cuchillo, y con el filo se cortó totalmente el tendón de Aquiles del pie derecho.

Dando un grito cayó al suelo. Vino mamá, la levantó, le envolvió el pie con una toalla y con la ayuda de unos vecinos que tenían auto, la llevó a casa de nuestro amigo médico, el doctor Itig. Cuando volvieron, después de un largo rato, supe que el doctor la había dormido, le había desinfectado la herida, suturado el tendón de Aquiles, que estaba totalmente seccionado, y también había suturado la piel. Violeta ahora “lucía” una botita de yeso. Tres semanas después, el doctor le sacó el yeso, y los puntos de la piel. Mi hermanita volvió a caminar, y pronto también pudo correr como lo hacía antes.